

Miguel de Zárraga, El triunfo de un novelista español en los Estados Unidos
(*Álbum Salón*, 1-1-1919)

Para los españoles —para cuantos pertenecemos a la Gran Familia Hispana— ha de ser, innegablemente, un muy valioso timbre de orgullo la victoria artística que Vicente Blasco Ibáñez acaba de conquistar en los Estados Unidos de Norteamérica. Porque Blasco Ibáñez no es una exclusiva gloria de España. Vicente Blasco Ibáñez le pertenece, por derecho propio, a toda América de abolengo hispano: dondequiera que se hable a rica lengua de la augusta Castilla, Blasco Ibáñez cuenta con un altar, y, ante este, con la entusiasta devoción de millares de fieles.

Herederero legítimo de los viejos conquistadores hispanos, Blasco Ibáñez lleva en sí todas las virtudes y todos los defectos de su raza. Hijo de Valencia, la indómita, desde muy joven fue escritor y fue político. Como escritor, su pluma se hizo ariete, y contra todos los reaccionarios convencionalismos emprendió campaña. Como político, no se pudo olvidar, sin embargo, de sus profundos ideales de artista, y en sus discursos siempre aleteó soberana la más espiritual inspiración: el tribuno se expresaba con toda la elocuencia de su vibrante temperamento poético. Era un exquisito demagogo, que de guante blanco derribaba ídolos... Sus furibundas campañas en favor de la República —desde su diario *El Pueblo*, desde su escaño del Congreso, desde el plebeyo balcón de la plaza o de la calle— las hacía alternar con la publicación de sus primeros *Cuentos valencianos* y de las selectas *Impresiones de arte* de su viaje por Italia.

En la política sufrió un desengaño. España no estaba —ni está— preparada para el advenimiento de la ideal República. El pueblo español, la masa, es todavía demasiado inculta para convencerse de que el supuesto derecho divino de los reyes pertenece ya a la historia: cuando con veinte o treinta mil escuelas se substituyan las veinte o treinta mil tabernas que se debieran cerrar, y haya tantas universidades como plazas de toros se cuentan actualmente, entonces habrá llegado la hora oportuna de implantar la República.

Blasco Ibáñez se entregó a la literatura. Salieron entonces de su pluma, y traducidas fueron a todos los idiomas: *Arroz y tartana*, *La barraca*, *Entre naranjos*, *Sónnica la Cortesana*, *Cañas y barro*, *La catedral*, *El intruso*, *La bodega*, *La horda*, *La maja desnuda*, *Oriente*, *Sangre y arena*, *Los muertos mandan* y *Luna Benamor*. Tradujo la *Historia de la Revolución francesa*, la *Geografía* de Reclús, y *Las mil y una noches*... Dejó luego de escribir y se fue a la República Argentina, donde fundó dos ciudades, consagrándose a la vida del campo: pertenece a tal época su obra, verdaderamente monumental, titulada *La Argentina y sus grandezas*. Volvió a sentir la nostalgia de la literatura, y

regresó a Europa, publicando *Los argonautas*. Estalló la guerra, se fue al frente francés, y, sobre los campos de batalla, con sangre mejor que con tinta, se consagró a escribir otra obra magna: *La Historia de la Guerra de Europa*, de la que van publicados seis volúmenes ya. Y, a la vez, ha escrito *Los cuatro jinetes del Apocalipsis* y *Mare Nostrum*.

Pero la gloria de Blasco Ibáñez no era aún mundial. Sus obras, escritas en castellano, habían sido traducidas al francés, al portugués, al italiano, al alemán, al ruso, al flamenco, al sueco, al griego,... No se habían traducido al inglés: medio mundo ignoraba, por tanto, la existencia literaria de un Blasco Ibáñez.

Muy pocos años hace que se le empezó a traducir en Norteamérica. Las primeras obras que aquí se conocieron de él fueron *The Cabin* (*La barraca*), *Reeds and Mud* (*Cañas y barro*), *The Shadow of the Cathedral* y *Sonnica*. Más recientemente se conoció *Blood and Sand*, versión de *Sangre y arena*.

Los cuatro jinetes del Apocalipsis fue la obra que definitivamente consagró en los Estados Unidos la merecida fama de Vicente Blasco Ibáñez. Discretamente traducido este libro por Charlotte Brewster Jordan, de él se han hecho ya seis ediciones. Y el nombre de Blasco Ibáñez es ahora popular en toda Norteamérica.

Más lo ha de ser cuando más se le lea, y no precisamente por *The Four Horsemen of the Apocalypse*, que, a pesar de sus múltiples aciertos (y muy especialmente el capítulo que pinta la retirada del Marne, aunque algo nos recuerda este a algunas páginas de *La Débâcle* de Zola), no es, ni con mucho, el más bello ni el más original libro de Blasco Ibáñez. Como tampoco lo es *Mare Nostrum*. ¿Cómo, pues, se explica este excepcional triunfo del literato hispano, aquí, donde apenas si se conoce a Pérez Galdós, ni a Palacio Valdés, ni a la Pardo Bazán, ni a Picón, ni a Baroja, ni a Martínez Ruiz, ni, menos a Ricardo León, ni casi a Benavente? Vicente Blasco Ibáñez, gran novelista, aunque no el más grande escritor de España, no ha debido su repentina victoria en los Estados Unidos al solo mérito intrínseco de sus últimas obras: se la debió, sobre todo, a la oportuna índole de tales novelas. Y he aquí un primordial motivo de gratitud que los españoles deben tener para con Blasco Ibáñez: gracias a él, más que a ningún otro escritor hispano, el mundo entero sabrá ahora que en España no todos sus hombres, ¡ni mucho menos!, son simpatizadores de los alemanes. Como Blasco, son innumerables los escritores que abogan por la causa de la Libertad y del Derecho. Y muchos más, aunque no escriban, son los lectores de tales literatos.

Al ejército intelectual español, que en su inmensa mayoría hizo de su bandera una aliada más, se le debe la evolución profunda que en el espíritu hispano se desarrolla actualmente a favor de los ideales de la Democracia, tan heroicamente sustentada por Francia, por Inglaterra, por Italia, por Bélgica, ¡por los aliados todos!, y tan avasalladoramente definida por los Estados

Unidos de Norteamérica, que con su sangre generosa escribieron la futura Constitución del Mundo.